

LIBRO II.

DESDE LA MUERTE DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.

HASTA LA DESTRUCCION DE LA NACION JUDAICA EN 137.

El favor de los romanos había puesto y conservado en el trono de Judea á Herodes el primero, tan conocido por su crueldad y por la degollacion de los inocentes. Despues de su muerte, se dividió el reino entre sus hijos, en virtud del testamento de aquel, y consintiéndolo Augusto. Arquelao, que era el mayor, fué reconocido por principal heredero, y obtuvo la soberanía de la Judea, propiamente dicha, de la Samaria y de la Idumea; pero las disfrutó breve tiempo, porque á los nueve años, habiéndole los judíos acusado de tiranía ante Augusto, le desterró éste á Viena en las Galias, y agregó sus Estados al imperio como provincia romana. Herodes Antipas, que fué el matador de San Juan Bautista, recibió por su parte la Galilea y algunos partidos ó distritos al otro lado del Jordán, y tambien fué despojado de sus Estados, despues de reinar cuarenta y dos años, por Calígula, que le desterró á las Galias, como ya dejamos anotado. La Traconita y otras provincias situadas al Norte hácia el monte Libano, se confirieron á Filipo, que las gobernó sábiamente por espacio de treinta y siete años, y murió en el vigésimo del reinado de Tiberio. No dejando herederos, se reunieron al pronto sus Estados á la provincia de Siria; pero Calígula los dió á Herodes Agripa, nieto del primer Herodes, é hijo de Aristóbulo, á quien habria este rey mandado matar. Dos años despues añadió la tetrarquía de Antipas; y el emperador Claudio, que habia recibido de Agripa algunos servicios, le declaró rey de toda la Judea; pero como muriese cuatro años despues, no dejando mas que un hijo pequeño para sucederle, se reunió nuevamente su reino al imperio romano, y fué gobernada la Judea como antes por un magistrado romano, dependiente del gobernador de Siria.

En medio de estas vicisitudes habian tenido que sufrir los judíos vejaciones de todos géneros, que dieron lugar á frecuentes sediciones, y produjeron en adelante una general insurreccion. Herodes el viejo habia dado el ejemplo de hollar las leyes y costumbres religiosas de su patria, mandando construir un teatro en Jerusalem y cerca de esta ciudad un anfiteatro para celebrar los juegos en honor de Augusto, y representar espectáculos, á imitacion de los paganos. Para complacer á los romanos hizo que pusiesen un águila de oro en la puerta del templo, sabiendo que los judíos detestaban las imágenes; y como estos la hubiesen arrancado, aprovechando la ocasion de la enfermedad que padecia, y de la que murió, cogidos los delinquentes y sus cómplices que llegaban á cuarenta, los mandó que-

mar vivos. Pero muerto Herodes, el pueblo, que consideraba á estos como mártires, reclamó el castigo de ciertos amigos del difunto, sospechosos de haber tomado parte en semejante crueldad; y Arquelao, para disipar las reuniones, envió tropas, que sacrificaron tres mil personas. Esto colmó la irritacion de los judíos de tal manera, que enviaron una diputacion á Augusto para que reuniese el país á su imperio.

Durante el viage que el mismo Arquelao hizo á Roma para obtener la confirmacion del testamento de Herodes, se agravaron tanto las sediciones, que Varo, gobernador de la Siria, se vió obligado á intervenir para reprimirlas, y á dejar en Jerusalem una legion romana que mantuviera la tranquilidad. Esta guarnicion extranjera dió al instante lugar á nuevas turbulencias por los desórdenes á que se entregaba. Levantáronse los judíos por todas partes, y la sitiaron en el puesto que ocupaba: emprendióse un sangriento combate en medio de Jerusalem: el techo y artesonado del templo fueron incendiados, el sagrado tesoro saqueado por la tropa, una infinidad de personas perecieron por las armas ó entre las llamas: otros se suicidaron como desesperados. Extendióse la anarquía generalmente: cuadrillas de bandidos desolaban el país con sus gefes á la cabeza. Un esclavo de Herodes, y á su ejemplo otros aventureros tan oscuros como él, se atrevieron á tomar el título de reyes, llevando tras sí un populacho crecido. Finalmente, Varo vino á restablecer el orden, se apoderó de Jerusalem, y mandó crucificar dos mil personas, ademas de otra multitud que fueron degolladas por los soldados.

Despues de la destitucion y destierro de Arquelao, hallándose la Judea reducida á provincia romana, vino á Jerusalem el gobernador de Siria, Quirino, para establecer el censo y arreglar los impuestos, que los judíos debian pagar á los romanos. Por aquel tiempo principió la secta de los celadores, que en lo sucesivo causó tantos desórdenes. Fué su cabeza un tal Judas de Galilea, de quien se habla en los *Actos de los apóstoles*, y que habiéndose asociado con un fariseo, llamado Sadoc, formó desde luego un partido considerable, persuadiendo al pueblo que no convenia reconocer otro señor que á Dios: que el yugo de la dominacion extranjera seria vergonzoso para los judíos; y que todo lo debian arriesgar y sufrir por defender su libertad. Estos facciosos procuraban dominar el país, acometieron á diferentes poblaciones, y por todas partes introdujeron la mortandad y el saqueo. Pereció Judas, y sus secuaces se dispersaron; pero dejó tres hijos que trataron de reanimar su partido: dos de ellos fueron cogidos y crucificados por Tiberio Alejandro, que gobernó algun tiempo la Judea en el reinado de Claudio. El tercero, por nombre Manahen, fué muerto por los mismos judíos al principio de la guerra con los romanos, despues de haber conquistado, á la cabeza de numerosa tropa, casi toda la ciudad de Jerusalem.

Hubo pocos sucesos importantes en los cuatro gobiernos romanos

que se sucedieron en Judea desde Quirino hasta Pilato: pero éste dió lugar á muchas sediciones, primeramente mandando colocar en el templo unos escudos que tenían la imagen de Tiberio, despues empleando el dinero del sagrado tesoro para la construccion de un acueducto; y en este último tumulto hizo que rodeasen á los grupos del pueblo soldados disfrazados, que embistiendo indistintamente á sublevados y curiosos, mataron ó hirieron á un gran número. De la misma crueldad usó con los samaritanos que se reunieron armados cerca de un impostor que les ofreció medios para descubrir los vasos sagrados, que suponía habia ocultado Moisés en el monte Garizin. Quejáronse los samaritanos á Vitelio, entonces gobernador de Siria; y como Pilato se habia hecho odioso por sus rapiñas, mandóle ir á Roma para justificarse, y entonces Calígula le envió desterrado á las Galias.

Este mismo Vitelio hizo aun otros ejemplares de justicia y moderacion, que le ganaron el afecto de los judíos. Quitó la plaza de gefe de los sacrificadores á Caifás, aborrecido del pueblo, porque pertenecía á la secta de los saduceos: abolió el impuesto que se pagaba en Jerusalem sobre los frutos: devolvió al sumo sacerdote la guarda de las vestiduras sagradas, que antes se encerraban en la fortaleza Antonia; y en fin, precisado á trasladarse á la guerra de Arabia, y teniendo que pasar por la Judea, no vaciló en torcer la marcha del ejército, á instancia de los judíos, que miraban como signos de idolatría las imágenes y águilas que llevaban en sus banderas los romanos. Pero no duró mucho esta tranquilidad, porque pronto redujo Calígula á la nación á un estado de desesperacion por su loca obstinacion en que se colocase su estatua en el templo. No se vieron los judíos libres de inquietudes, hasta que un suceso comun los mitigó: el advenimiento de Claudio al imperio. Nombrado entonces Agripa rey de la Judea, procuró por todos medios hacerse amar: perdonó el impuesto que pagaban por las casas: se manifestó religioso observante de la ley; y en todos sus actos se distinguió la prudencia y dulzura que exigía el estado de alteracion en que la nación estaba.

Despues de su muerte dieron este gobierno á Cuspido Fado, que al principio quiso, siguiendo las órdenes del emperador, obligar á los judíos á que volbiesen á depositar en la fortaleza Antonia las vestiduras sagradas del soberano Pontífice, guardándolas en ella los romanos como lo habian estado antes del gobierno de Vitelio, y como medio de tener al pueblo obediente con el temor de que se les denegasen para las grandes festividades. Los judíos pidieron que se les permitiese enviar una diputacion al emperador, y lograron con efecto que siguiesen las cosas en el mismo estado, por la mediacion de Agripa el jóven, hijo de su antiguo rey. En aquel tiempo Herodes, rey de Calcis, hermano del primer Agripa, solicitó y obtuvo la autoridad en el templo y el derecho de nombrar los soberanos

Pontífices: y despues de su muerte se conservó el mismo derecho á Agripa el jóven, su sobrino, á quien pusieron en posesion de sus Estados.

Cuspido Fado tuvo por sucesor á Tiberio Alejandro, sobrino del célebre Filon, y judío renegado que habia sacrificado su religion al interés. Despues de un corto mando, fué reemplazado por Ventidicio Cumano, en cuyo tiempo ocurrieron graves desórdenes. Tenian los romanos la costumbre de colocar en los dias solemnes una guardia numerosa en las galerias del templo para impedir conmociones populares. En las fiestas de Pascua, y para insultar á los judíos, se puso un soldado en una actitud indecente, y hacia gestos como de burla ó desprecio: indignóse el pueblo y gritaba que no les insultaba á ellos, sino á Dios mismo, y al momento cayó sobre la cohorte una nube de piedras, y acercándose Cumano para apaciguar el desórden, fué recibido con voces injuriosas. Obligado á valerse de la fuerza, hizo que tomasen las armas todas las tropas, y las reunió en la fortaleza Antonia, que dominaba el templo. Asustado el pueblo emprendió la fuga, y como se oprimian al buscar las salidas del templo que eran estrechas, y los soldados apostados en los pórticos aprovechaban esta ocasion de vengarse, mataron ó estropearon hasta veinte mil hombres.

Apenas pasó este conflicto cuando ocurrió otro. Algunos sediciosos que huian de Jerusalem, despojaron á un esclavo del emperador: inmediatamente Cumano envió un considerable destacamento con órden de arrasar las campiñas y aldeas inmediatas. En este pillage halló un soldado los libros de Moisés, los desgarró y echó al fuego públicamente. Irritados los judíos con este insulto hecho á su ley, fueron en gran número á la casa de Cumano para pedirle justicia, y teniendo este una conmocion general, mandó matar al soldado delincuente. Algun tiempo despues, pasando por Samaria unos galileos para ir á Jerusalem con motivo de las fiestas, fueron asaltados por los habitantes que á muchos dieron muerte. Apenas lo supieron los judíos, tomaron las armas á pesar de los consejos de sus magistrados, y juntándose á un gefe de handidos llamado Eleazar, que hacia mucho tiempo merodeaba por aquellos lugares, robaron y quemaron muchos pueblos samaritanos. Pero llegó Cumano con tropa para socorrerlos, dejóse caer sobre los judíos, y una multitud de estos fueron muertos ó prisioneros, dispersándose los demas. Los gefes samaritanos fueron corriendo á quejarse á Cuadrato, gobernador de Siria, y pedir justicia de las maldades cometidas en sus tierras. Para defenderse echaron la culpa de la sedicion los judíos á los mismos samaritanos, y á Cumano acusaban tambien de que se dejó sobornar con los regalos de estos. Cuadrato, habiéndose enterado del negocio, y persuadido de que unos y otros eran culpables, empezó crucificando á los prisioneros: puso preso al sumo Pontífice Ananías, y le hizo conducir á Roma con los prínci-

pales gefes de judíos y samaritanos, y últimamente llevaron tambien con el mismo destino á Cumano y al tribuno Celer, á fin de que á todos los juzgase el mismo emperador. Conociendo éste que el tumulto empezó con ocasion de la conducta de los samaritanos, mandó matar á los que le enviaron á Roma, desterró á Cumano, y mandó que el tribuno Celer fuese conducido á Jerusalem para ser allí ajusticiado, despues de arrastrarle ignominiosamente por las calles á vista del pueblo.

Félix, que reemplazó á Cumano, halló la Judea llena de ladrones, logró arrehender á una porcion de ellos y los crucificó. Considerables partidas de los mismos recorrían la provincia, acaudilladas por gefes osados é inteligentes: algunas llegaban á tres mil hombres, y se sostenían por su audacia y habilidad contra todos los esfuerzos del gobierno. Hallaban fácil refugio en las montañas y desiertos y en las inmediaciones de la Arabia; y como lisonjeaban á los pueblos con la esperanza de sacudir el yugo de los romanos y conquistar su libertad con las armas, este motivo, unido al deseo de robar, rennia á sus bandas una porcion de hombres holgazanes ó desmoralizados. Veinte años llevaba Eleazar ejercitando este oficio á la cabeza de un cuerpo numeroso, y nunca logró Félix sorprenderle hasta que se valió de la traicion y con promesa de no hacerle daño alguno: en cuanto le tuvo en su poder, le cargó de cadenas y le remitió á Roma con otros muchos. Luego al punto estas bandas se hicieron mas formidables con el título de sicarios ó asesinos, y el mismo Félix introdujo este nuevo género de malhechores. Aborrecía este magistrado al sumo sacerdote Jonathas, porque éste, que contribuyó á proporcionarle el empleo de gobernador, se creía con derecho para reprehenderle sus faltas, como si éstas recayesen en cierto modo sobre él que aconsejó su nombramiento. Félix, para deshacerse de este importuno censor, resolvió que le asesinasen; y un amigo de Jonathas á quien ganó con promesa de darle una suma, recurrió para la ejecucion de este crimen, á algunos de los ladrones que infestaban el país. Vinieron á Jerusalem con pretexto de religion, y hallando ocasion de acercarse á Jonathas, le mataron á puñaladas con armas que traian ocultas entre sus vestidos. La impunidad de este homicidio inspiró una audacia desenfrenada á estas tropas de bandidos. En todas partes se mezclaban con el pueblo, se hallaban en todas las fiestas, y cometían diariamente nuevos asesinatos para satisfacer sus venganzas personales ó las de cualquiera que se las pagaba. Nadie estaba seguro en los campos, ni en la ciudad, ni aun en el templo, y añadiendo el incendio al asesinato, quemaban pueblos enteros despues de haberlos saqueado. Eran sus armas unos puñales cortos y curvos, que se podian fácilmente esconder; y del nombre latino *sica*, que significa puñal, tomaron el nombre de sicarios.

Por aquél tiempo aparecieron una porcion de impostores que de-

cian hallarse inspirados, y arrastraban las gentes en su séquito prometiéndoles milagros patentes y libertarlos de todos los males. Como estaban los judíos convencidos de que el tiempo de la venida del Mesias habia llegado, esta persuasión, unida á la esclavitud que los abrumaba, los tenia dispuestos á la seducción en cuanto oian el nombre de la libertad; porqué la mayor parte de ellos creian que el Mesias debia libertarlos de la dominacion extrangerá, y procurarles el imperio del mundo; y cuanto mayores eran las esperanzas que los impostores les daban, mayor era su credulidad y disposicion á ser engañados. Entonces apareció aquel egipcio de que hablamos en la historia de San Pablo, que llevó al monte de las Olivas una considerable reunion, persuadiéndoles que los muros de la ciudad se arruinarían á su voz imperiosa. Algunos años antes se presentó otro mágico llamado Theudas, seguido de una multitud inmensa, prometiendo separar las aguas del Jordan por un milagro tan brillante como el de Jesué. Muchos mas impostores seducian á los pueblos con semejantes promesas, y lograron formar reuniones en los desiertos, hasta que las tropas romanas enviadas en su persecucion, los alcanzaban y mataban muchísimos de estos desgraciados.

Los mismos desórdenes continuaron bajo el gobierno de Festo, sucesor de Félix, y se aumentaron despues de su muerte por la connivencia de Albino, que le sucedió. Una banda de ladrones se apoderó de Eleazar, capitan del templo, é hijo del sumo sacerdote Ananias, y no querian soltarle si no daba libertad á diez compañeros suyos que estaban presos y debian ser condenados á muerte. Con esta condicion le rescató su padre, y los asesinos que hallaron medio de poner en libertad á sus compañeros, se esforzaban para apresar alguno de su familia, y pedian luego un cange que el sumo sacerdote obtenia de Albino á fuerza de presentes; cosa que aumentaba prodigiosamente el número y la audacia de los malhechores. Este gobernador, al dejar la provincia, tomó una medida con ellos, que no hizo mas que multiplicarlos. Llamó á su presencia á todos los que estaban en las prisiones, y condenando á muerte á los mas culpables, soltó á los demas por dinero; de manera que toda la provincia fué invadida inmediatamente por aquellos malvados, sin quedar medio alguno de contenerlos.

A pesar de los muchos males que les causó, echaron de menos á Albino, porque disfrazaba sus malversaciones, y procuraba aparentar que se apesadumbra de no tener fuerzas suficientes para contener los desórdenes que el mismo alimentaba. Pero Gesio Floro que ocupó su puesto, ejerció su crueldad é injusticias sin disimulo y como haciendo alarde de ellas. Habia obtenido este gobierno por el crédito de su muger Cloopatra, amiga de la emperatriz Popea, y apoyado en esta proteccion, se creia autorizado para las mas odiosas vejaciones. No contento con arruinar al pueblo con enormes



contribuciones, y robar el dinero del tesoro público, saqueaba los pueblos y las ciudades á fuerza armada, y protegía las maldades de los ladrones con tal que repartiesen su botín con él. Viniendo Cestio Galo, gobernador de Siria, desde Antioquia á Jerusalem por las fiestas de Pascua, le salió al camino una multitud de mas de tres millones de personas pidiendo la revocacion de Floro; no habiendo producido efecto este paso, solo sirvió para que redoblase la opresion con la seguridad de no ser castigado.

Los judios mismos aumentaban sus desgracias con sus divisiones. Ademas de los celadores y los bandidos que infestaban la provincia, se habian formado facciones diferentes que mandaban los principales ciudadanos, y estaban siempre dispuestas á venir á las manos. Entre tanto que un tropel de sediciosos no respiraba mas que la guerra y la independencia, una parte de la nacion que preferia la tranquilidad con el gobierno existente, era víctima del ódio y del furor de todos los partidos dispuestos á rebelarse tambien: la multiplicacion de sectas contribuía por su parte á sostener la irritacion en los ánimos. El profundo rencor que subsistia por tanto tiempo entre los samaritanos y los judios, hacia de ellos como dos diversas naciones siempre en pelea, y que no deseaban sino ocasiones de hostilizarse. Los fariseos que tenian en su favor al pueblo, y los saduceos que dominaban entre los grandes, se disputaban los honores y el poder, é igualmente corrompian la religion para hacerla servir á sus intereses. El sacerdocio fué objeto de los ambiciosos, y hacia mucho que esclavizado á los caprichos del poder temporal, habia perdido su dignidad, y no servia mas que para manifestar con su visible decadencia la necesidad del nuevo sacerdocio que ya vino para reemplazarle. Se habian visto mas de treinta sumos Pontífices sucederse desde el tiempo de Herodes en el espacio de cien años, y ninguno de ellos conservó este cargo hasta su muerte. Estas frecuentes destituciones llegaron á ser por último un manantial nuevo de turbulencias, haciendo aparecer nuevos partidos opuestos que tomaban las armas para sostener sus pretensiones; y como todos estos Pontífices no procuraban mas que satisfacer su avaricia, se los vió reunidos y conformes en apropiarse exclusivamente los diezmos, y aun cogerlos en las eras por sus comisionados, en perjuicio de los simples sacrificadores que no teniendo otro recurso para vivir, se veian expuestos á perecer de miseria. De este modo las disensiones intestinas lograron reunir los desórdenes de la anarquía con la tiranía del gobierno, y todo concurrió á preparar la catástrofe que al fin habia de consumir la ruina de esta nacion criminal.

Señales y presagios horribles anunciaron á los judios los terribles efectos de la divina venganza. En el año 65 de Jesucristo, uno antes de principiarse la guerra, durante la fiesta de la Pascua, apareció al medio de la noche una resplandeciente luz, que rodeó

el templo y el altar por espacio de media hora; de manera que era como la claridad del mediodia. La puerta oriental del templo, que era toda de bronce, y tan pesada que apenas podian veinte hombres moverla, se abrió por sí sola, aunque tenia corridos grandes cerrojos y pasadores, que penetraban hondamente en las paredes y en el umbral. Poco tiempo despues cuando iba á ponerse el sol, se vieron en el aire espadas y carros de fuego, tropas armadas, que rodearon la ciudad y despues parecia que paseaban las calles. En la fiesta de Pentecostes, habiendo entrado en el templo los sacrificadores para cumplir con su deber, se aturdieron de un ruido confuso y una extraordinaria conmocion que percibian en el fondo del santuario; así como oyeron claramente estas palabras: "Salgamos de aqui; salgamos de aqui."

Pero el mas asombroso prodigio fué la amenaza que Jesus, hijo de Anano, no cesó de profetizar siete años consecutivos contra Jerusalem con las mas extraordinarias circunstancias. Este hombre, de oscura condicion, viniendo del campo á la fiesta de los tabernáculos, cuatro años antes de la guerra, y cuando ni señales habia de revolucion, se puso á exclamar: "Voces del Oriente, voces de Occidente, voces de los cuatro vientos, voces contra Jerusalem, contra su templo, voces contra todo el pueblo." Y desde entonces no dejó de gritar sin interrupcion dia y noche: "¡Desgraciado templo! ¡Desgraciada Jerusalem!" Jamas salian de su boca otras palabras, ni se le vió quejar de los que diariamente le maltrataban, ni dar las gracias á los que le daban de comer. Los magistrados, irritados con esta lúgubre prediccion, le mandaron prender y azotar muchas veces, con la esperanza de hacerle callar; pero él continuaba su lamentacion, sin quejarse ni decir una palabra para defenderse. Levántonle á la presencia de Albino, gobernador romano, que en vano le hacia preguntas sobre su conducta: mandóle azotar y aun rasgar su carne hasta descubrir los huesos; mas no por eso logró una sola respuesta, ni una lágrima, ni un suspiro: á cada pregunta y á cada golpe se contentaba con decir en voz mas lastimosa: "¡Desgraciada, desgraciada Jerusalem!" Soltáronle como insensato, y no cesó de recorrer el pais, y de extender por todo él el mismo grito amenazador sin descansar, ni debilitarse jamas su voz. Cuando sitiaron á Jerusalem, se quedó dentro y le vieron costear la muralla sin dejar de exclamar con mas fuerza que nunca: "¡Desgraciado templo, desgraciada ciudad, desgraciado pueblo!" Al último añadió: "¡Desgraciado de mí mismo! y en aquel punto una gran piedra lanzada por las máquinas de los sitiadores, le cayó encima y le aplastó. Comenzó la guerra en el año 66 de Jesucristo, duodécimo del reinado de Neron. Inútilmente los judios se habian quejado al gobernador superior de Siria contra la tiranía de Floro; porque éste, lejos de enmendarse, acabó por arruinarlos redoblando su injusticia y crueldad. Arrebató una parte del tesoro sagrado:

luego, con pretexto de algunas murmuraciones, vino á la cabeza de sus tropas, y desechando toda especie de satisfaccion, mandó matar sin piedad á la multitud reunida en la plaza pública. Entonces el pueblo perdió la paciencia, y los sediciosos, aprovechando esta desesperacion, resolvieron al fin rebelarse abiertamente. Agripa, que reinaba en una parte de la Galilea y algunas provincias inmediatas, nada perdonó para reducir á la razon á los judíos, haciéndoles presentes las funestas consecuencias de una guerra en que las fuerzas eran tan desiguales; pero fueron inútiles todas sus exhortaciones, y aun se vió él mismo precisado á salir de Jerusalem. Apoderáronse los facciosos de la fortaleza de Massada, y degollaron á la guarnicion romana. Al mismo tiempo Eleazar, hijo del gran sacerdote Ananías y capitán del templo, hizo que se determinase que no se recibirían ya víctimas de parte de ninguno que no fuese judío, y que no se ofrecerían en adelante á favor de los extrangeros, ni del mismo emperador, como era antes costumbre hacer. En vano se opusieron á esta resolusion los Pontífices, que se aprovechaban de las víctimas, y los principales ciudadanos que temían la guerra: no hallaron mas medio que acudir á Floro y al rey Agripa para obtener tropas que contuviesen la sedicion en sus principios. Floro, á quien convenia que continuase el desorden, no hizo mérito de semejante solicitud; pero Agripa les dió tres mil caballos. Siete dias se hostilizaron con encarnizamiento los dos partidos, y por último, los sediciosos reforzados con una banda de sicarios, hicieron huir á los de Agripa, y quemaron su palacio y la casa del Pontífice Ananías, á quien tambien sacrificaron, aunque era el padre de su gefe (1). Incendiaron despues los archivos públicos para destruir las escrituras que contenian las obligaciones de los particulares, y atraer así á su partido á todos los hombres entrapados.

A pocos dias se hicieron dueños de la fortaleza Antonia, que tambien quemaron despues de pasar á cuchillo á la guarnicion romana que la defendia. Ya principiaron los vencedores á dividirse entre sí, y Eleazar acometió á los sicarios que le habian socorrido. Manahen, su gefe, hijo de aquel Judas Galileo, que creó el partido de los celadores, procuraba apoderarse del mando á la cabeza de una tropa numerosa, que habia provisto de armas, saqueando el almacén que hallaron en la fortaleza de Massada. Ya se habia hecho dueño de una parte de la ciudad, cuando le cayó encima Eleazar en el templo, mientras él hacia sus oraciones, engrandecido con todo el aparato monárquico. Murió allí, como sus principales secuaces, y los demas huyeron. Eleazar revolvió despues contra los restos de la guarnicion romana, que, estrechada por todas partes, se

(1) Para que se verifique la palabra de San Pablo, que habia servido de órgano de la maldicion divina, diciéndole á este Pontífice: "Dios te castigará, pared blanqueada."

habia refugiado en unas torres, donde se halló luego sin provisiones. Rindióse con la condicion de perdonarle la vida y dejarlos en libertad; pero en cuanto entregaron las armas, los sediciosos acabaron con ellos, olvidándose de la capitulacion.

En el dia mismo de esta pérdida atrozidad, los judíos de Cesarea, donde residia el gobernador romano, fueron víctimas de otra espantosa crueldad, que fué con el tiempo la orden de matanza por toda la provincia, y sirvió de pretexto para la revolucion. Muchas veces antes ocurrían sangrientos choques en esta ciudad entre sirios y judíos con motivo de la preferencia que reclamaban unos y otros: para restablecer el orden fué precisa la homicida intervencion de las tropas romanas. Neron, con privar á los judíos del derecho de ciudadanos, de que anteriormente venian gozando, provocó el alzamiento, que confiados en su número y riquezas intentaron, y acudieron á las armas para defenderse de las vejaciones que se les causaban: los sirios, incitados por Floro, y seguros de apoyo, acometieron á los judíos y mataron mas de veinte mil; y luego Floro mandó aprisionar con cadenas á todos los que quedaron, y los distribuyó por los puertos.

Noticiosos de esta carniceria, todos los judíos entraron en un furor que no admitia límites. Desparramados por todos lados en las villas y ciudades de Siria, quemaban los unos, derribaban los otros, y mataban á los habitantes, sin exceptuar edad ni sexo. Por su parte los sirios no se mostraron menos crueles. La necesidad de defenderse, unida al estímulo de la venganza y al deseo de robar, excitaba aun á los mas moderados. En Tolemaida perecieron dos mil judíos, y en Ascalon dos mil y quinientos. Cada pueblo estaba dividido en dos ejercitos enemigos, que se hacian guerra á muerte: matábanse de dia y de noche, en las casas lo mismo que en las calles: la sangre corría constantemente, y las plazas públicas estaban plagadas de cadáveres. Los campos mas expuestos aun, eran talados, arrasados y sufrían todos los horrores del asesinato y del incendio.

Los judíos de Scythopolis, ciudad griega en las orillas del Jordán, se juntaron á los demas habitantes para combatir y rechazar á una cuadrilla de furiosos que fué á hostilizarlos. Así esperaban ponerse á cubierto, tomando las armas contra sus compatriotas. Pero los sirios, sea por odio ó por desconfianza, los obligaron á retirarse con sus familias á un bosque cercano, y en él mismo los degollaron en número de mas de trece mil. Un tal Simon que habia manifestado mas ardor para combatir á los otros judíos, viendo que tan fríamente sacrificaban á sus compañeros, se entregó á una violenta desesperacion y exclamó: "Yo he merecido bien la muerte; pero solo debo recibirla por mi mano." Mirando entonces á su familia con ojos desencajados, cogió á su padre de su cara cabellera y le atravesó con la espada; despues hizo lo mismo con su madre: su mu-

jer y sus hijos, que parece que se apresuraban á recibir sus golpes, y últimamente, levantando la espada para ser mejor visto, se atravesó con ella. Casi todas las ciudades de Siria trataron á los judíos con igual crueldad; y algunos años en adelante los habitantes de Damasco, reuniendo en su gimnasio todos los que habia en la ciudad, los tuvieron encerrados y desarmados, y concluyeron por degollarlos á todos, que serian diez mil.

Mayor fué en Egipto la carnicería, y en especial en la ciudad de Alejandría, donde eran detestados generalmente. Un dia, en que el pueblo ocupaba el anfiteatro para acordar un asunto, observó que habia entre los congregados algunos judíos, y empezó á gritar que eran espías y enemigos, y que debian apoderarse de ellos. Recurrieron los judíos á la fuga; pero pudieron coger á tres, y se disponian para quemarlos vivos. Todos los demas acudieron en su socorro y principiaron arrojando una nube de piedras contra los griegos; luego tomaron hachas encendidas y se acercaron al anfiteatro, con el intento de quemarle, y en él á todos los concurrentes. Tiberio Alejandro, gobernador de la ciudad, trató por el pronto de apaciguarlos con reflexiones y amenazas; pero como su respuesta se redujese á injurias, despachó contra ellos dos legiones con orden de exterminarlos, robar sus casas, é incendiar el barrio en que vivian. Bastante tiempo se defendieron, como desesperados; pero al último hubieron de replegarse, y juntándose entonces el pueblo con la tropa, fueron acometidos y sacrificados en número tan crecido, que los cadáveres hacinados llegaron á cincuenta mil.

Entre tanto, observando Cestio Galo, gobernador de Siria, que todos los judíos estaban sublevados, reunió el mayor número de tropas que pudo, y fué desde Antioquia á Cesarea, y desde allí envió uno de sus tenientes á que sometiese á Galilea, que apenas hizo resistencia. Otro destacamento tomó y quemó la ciudad de Joppe, cuyos habitantes fueron enteramente exterminados, y eran como ocho mil y cuatrocientos. Continúo en la reunion de fuerzas militares, y cuando tuvo todas las posibles se encaminó á Judea; en el camino quemó la ciudad de Lida, y fué á sentar sus reales á dos leguas de Jerusalem. El pueblo que se habia allí congregado para la fiesta de los tabernáculos, tomó las armas y se echó de repente con grande furia contra el campamento romano, de modo que los desalojó y puso en fuga con pérdida de mas de quinientos hombres. Los judíos no perdieron mas que veintidos, y hubieran podido derrotar el ejército de Cestio, si éste no les hubiera enviado, por medio de Agripa, dos diputados, haciendo proposiciones de paz y ofreciendo el perdon de parte de los romanos. Algunos sediciosos no querian dar oídos á estas pláticas, tanto que mataron á uno de los enviados é hirieron al otro; mas otra parte del pueblo mostró disposiciones pacíficas y se retiró. Aprovechándose Cestio de esta division, vino á scampar á un cuarto de legua de la ciudad,





FLAVIO JOSEFO, HISTORIADOR DE LA DESTRUCCION DE JERUSALEN

y la embistió inmediatamente. Apoderóse de unos arrabales y los incendió, obligando á los sediciosos á encerrarse en la parte fortificada de aquella y en el templo. Era tan grande su terror, que si el gobernador hubiera aprovechado esta ocasion, desde luego pudieran habérse hecho dueño de la plaza y concluir la guerra. No faltaron habitantes que se ofrecieron á franquear las puertas; pero no lo aceptó, ya con el recelo de que le liciesen traicion, ó ya que tuviese algun motivo secreto para desear la prolongacion de estos desórdenes. Pasados algunos dias, se decidió al fin á dar un asalto; y no habiendo logrado la ocupacion de la ciudad, se retiró precipitadamente á su campamento, y en seguida á Cesarea. Persiguéronle los judíos en su retirada; y llegando á una estrecha bajada, le hostilizaron con tan buen resultado, que solo la venida de la noche impidió su completa derrota. Matáronle cinco mil y trescientos hombres de infantería y mil de á caballo: le cogieron tambien su bagaje y las máquinas que llevó para el sitio, y les sirvieron en lo sucesivo para su defensa.

Después de esta derrota de Cestio, acordándose los cristianos de Jerusalem de las predicciones de Jesucristo, se retiraron á las montañas que hay mas allá del Jordan, y particularmente á la villa de Pella, sita cerca del desierto en los confines de la Arabia. Mas los judíos, ensoberbecidos con la victoria, no pensaban en otra cosa que en los preparativos para la guerra. Repararon los muros y las fortalezas: en todas partes fabricaban armas: se distribuian las comandancias; y se nombraban gobernadores para todas las provincias. Fué nombrado jefe de todos Anano, que habia sido sumo sacerdote, y tomó varias medidas para establecer el orden en el pais y poner á Jerusalem en estado de defensa. El capitán del templo, Eleazar, obtuvo el gobierno de Idumea; Josefo, el historiador, el de Galilea, y muchos destacamentos de tropas fueron dirigidos á diferentes puntos para contener las partidas de sicarios y de ladrones.

Mientras tanto Cestio habia informado á Neron de esta sublevacion general, y del descalabro que habia sufrido; y el emperador confió á Vespasiano, experimentado capitán, el cuidado de esta guerra: éste se puso en marcha inmediatamente para Antioquia. Llegó á ella al principio del año de 67: después pasó á Tolemaida, donde esperó dos legiones, que le traía de Egipto Tito, su hijo. Entonces ya consistía su ejército en sesenta mil hombres, incluyendo en ellos los aliados que enviaron varios reyes vecinos, y un gran número de árabes que se habian alistado con el aliciente del saqueo. Primeramente se presentó en Galilea Vespasiano: tomó y quemó á Gadara después de haber puesto guarnicion en Seforis, ciudad fuerte que se entregó sin combatir. Josefo, que mandaba en esta provincia, se hallaba á la cabeza de cien mil hombres, pero no se atrevió á esperar la batalla y se encerró en la ciudad de Jotapata, que fué tomada y destruída después de un sitio de cua-

renta días. Horrible fué en ella la matanza, donde perecieron mas de cuarenta mil judíos. Josefo, con las reliquias de su ejército se ocultó en las cavernas, y en ellas se degollaron ellos mismos, los unos á los otros. En cuanto á su persona, quiso probar la clemencia del vencedor, y por rescatar su vida, le ocurrió hacerse profeta, y prometió á Vespasiano el imperio, no avergonzándose de añadir á las mas bajas isonjas, una sacrilega charlataneria y mentiras que ni aun supo presentar como probables. Pertenecia Josefo á una familia de sacrificadores, y es el que escribió la historia de esta guerra. Dió algun descanso á sus tropas Vespasiano despues de la toma de Jotapata, y pasó á sitiar á Tiberiades y Tariquea, una y otra situadas en el lago de Genezareth. La primera que se entregó al punto, fué conservada á instancia de Agripa, como que hacia parte de su reino. La segunda fué tomada y arruinada, y cuando el furor del soldado se cebó y aun cansó de la carnicería, vendieron el resto de los habitantes, que no eran menos de treinta mil. Tambien se apoderó de Gamala, situada mas allá del Jordán, dando un asalto que halló obstinada resistencia, por lo que pasaron á cuchillo sin piedad alguna, hasta las mugeres y niños, y cinco mil judíos, animados de una horrible desesperacion, se suicidaron. Tito, muy poco despues, se hizo dueño de Giscala, donde puso una guarnicion. Juan, que la guardaba con una tropa de celadores, fingió que escuchaba proposiciones de paz, y escapándose despues una noche, se marchó á Jerusalem con los suyos. Conquistada toda la Galilea, aprovechó Vespasiano el resto de la campaña, marchando contra Azof y Jammia, en las costas del Mediterráneo, y habiéndolas sujetado, volvió á Cesarea, donde dió á sus tropas cuarteles de invierno.

Á la primavera siguiente prosiguió sus conquistas y recorrió rápidamente todo el país para acabar de someterle antes de marchar contra Jerusalem, porque no queria dejar enemigos á su retaguardia, y convenirle mucho dejar que esta ciudad se fuese debilitando por la guerra intestina que se hacian entre sí los diferentes partidos. Contentóse, pues, con establecer en el pueblo de Emmaus, que estaba inmediato, un campo atrincherado con suficientes tropas para tenerla á raya: y luego con el grueso del ejército se adelantó á las provincias del Mediodia: en la Idumea todo lo arrasó: volvió al Norte, á la Judea y la Samaria, y apoderóse de todas las ciudades que aun se resistian, y en todas dejó sus guarniciones. Al propio tiempo uno de sus tenientes sujetó la Perea ó el país que está mas allá del Jordán hasta el mar Muerto: y los sediciosos que ocupaba á Gadara, metrópoli de esta provincia, obligados á marcharse, fueron degollados en número de quince mil, ademas de dos mil que hicieron prisioneros y sin contar otra porcion de ellos que se ahogaron al querer atravesar el río, que habia crecido con las lluvias. Vespasiano, despues de haber sofocado la rebelion, se disponia á

marchar con todas sus tropas para sitiar á Jerusalem, cuando se vió obligado á suspender la guerra, de resultas de las grandes novedades ocurridas en el imperio.

Ya hacia tiempo que Neron se habia hecho odioso á los romanos por sus locuras y crueldades, hasta que no pudieron seguir obedeciendo á semejante monstruo. Subleváronse primeramente los ejércitos de las Galias y ofrecieron el imperio á Galba, que mandaba en España; y luego al punto fué proclamado emperador por el voto unánime del pueblo y de los soldados de estas dos provincias. Poco le importó á Neron de esta asonada en los primeros momentos, y creyendo haber asegurado la ruina de Galba, declarándole enemigo del Estado por acuerdo del senado, continuó entregándose á sus liviandades. Pero cuando supo que el ejército de Alemania se habia sublevado tambien, y vió que esta noticia arrastraba hacia la traicion hasta las mismas tropas que formaban su guardia, cayó en un terrible abatimiento, y no trató mas que de buscar medios para salvar al menos la vida. Agitado con el miedo y los remordimientos, deliberaba sobre el partido que debia tomar, cuando observó que estaban saqueando su palacio. Ya no pudo dudar de su perdicion, y salió huyendo de Roma á la media noche, tapado con una mala capa, para no ser conocido: acompañábale no mas que cuatro libertos suyos, y se retiró á casa de uno de ellos, á corta distancia de la ciudad: en este tránsito, y acosado de la sed, tuvo precision de beber agua cenagosa en el hueco de la mano, y no pudo menos de exclamar despues de un gran gemido: "En qué han venido á parar las costosas bebidas de Neron!" Al día siguiente le noticiaron cómo el senado le habia sentenciado al suplicio ignominioso y cruel que las antiguas leyes señalaban para los enemigos del Estado; y habiendo sentido ruido de caballos y soldados cerca de la casa, se decidió á quitarse la vida, cortándose el cuello con un puñal. Murió en 9 de Junio del año 68, y á los 32 de su edad, habiendo reinado trece años y cerca de ocho meses.

El senado reconoció por emperador á Galba, ratificando la eleccion de las legiones: reinó siete meses no mas, porque junta su avaricia á ciertos actos de excesiva severidad, se indispuso con el pueblo, y sobre todo, con los soldados, y éstos le mataron en 15 de Febrero del año 69. Dieron el imperio á Othon, antiguo gobernador de la Lusitania. Casi al mismo tiempo se supo que las tropas de la Germania baja habian proclamado por su parte á Vitelio, su general. Othon, cuya eleccion aprobó el senado y confirmó el pueblo, se disponia á sostener la guerra contra Vitelio, que marchaba hacia Italia; pero habiendo sido vencido en una batalla que se dió junto á Cremona, se suicidó, despues de haber reinado tres meses.

Sabidas estas ocurrencias en el ejército del Oriente, y viendo que despues de la muerte de Othon se hablaba el imperio en manos de un hombre incapaz, afeminado, gloton, lleno de infamias, y digno



del desprecio, se creyeron con derecho de nombrar ellos tambien su emperador, y proclamaron á Vespasiano, quien se vió obligado á admitir esta dignidad, no sin haber pasado por muchas dudas y reuelos. Adhirióse á esta eleccion Tiberio Alejandro, gobernador de Egipto, con las dos legiones que mandaba. Todas las tropas que habia en la Asia y en la Grecia, le reconocieron igualmente, y Muciano, procónsul de Siria, se encargó de la expedicion, que tenia por objeto impedir á Vitelio su permanencia en Italia. Deshecho esto en un combate que se dieron ambos ejércitos casi en medio de Roma, y habiendo sufrido toda suerte de ultrajes, fué asesinado, y arrastrado su cuerpo á las Gemonias, y luego arrojado al Tiber. Habia reinado ocho meses, y murió en el principio de Octubre del año 69.

Habiase quedado Vespasiano en Oriente para afirmar allí su autoridad y reunir fuerzas de que disponer si la guerra se prolongaba. En Antioquia estaba, y el pueblo se habia reunido en el teatro, cuando un judío renegado, por nombre Antioco, acusó á los demas judíos, y aun á su padre, de que habian querido pegar fuego á la ciudad. Al momento, furioso el pueblo, hizo quemar á todos los que hallaron en aquella asamblea; y habiendo pedido el renegado que se obligase á los demas á sacrificar á los ídolos, la mayor parte se resistieron, y fueron pasados á cuchillo, como sospechosos de traicion. Trasladóse Vespasiano á Alejandria, donde la supersticion de los pueblos y las adulaciones de los cortesanos contribuyeron simultáneamente á persuadirle de que los dioses se interesaban en su favor, y que en su eleccion habia alguna cosa de divino. Fingieron que el dios habia mandado á dos impedidos que se dirigiesen al emperador y serian curados: era uno cierto sujeto, que se decia estaba ciego, y el otro tenia dislocada una mano (1). Al principio se burlaba él mismo de esta farsa: pero luego tocó con la mano al uno, y al otro le puso saliva en sus ojos, y quedó persuadido de que los habia curado. En otra ocasion, entrando en el templo del mismo dios, le pareció que veia á un egipcio, nombrado Basilides, que le ofrecia coronas, y despues de haber tomado informes con esta ocasion, se justificó que este sujeto estaba aquel dia á mas de veinte leguas de distancia de Alejandria. Fácil era engañar á la multitud acerca de estos milagros, cuya certeza no estaba á su alcance justificar; pero no dejaron de surtir su efecto, presentando á Vespasiano como un amigo de los dioses, y engrandeciendo así la medianía de su nacimiento por la autoridad y lo maravilloso que refulgia en su persona. En Oriente, todos estaban persuadidos de que habia de salir por entonces de la Judea

(1) De esta manera lo refiere Tácito; pero Suetonio cuenta que el segundo tenia una rodilla floja ó débil, y nada dice de la mano. Esta contradiccion entre historiadores contemporáneos, basta para conocer el crédito que merecen estos prestigios.

un conquistador que reinaria en toda la tierra. Procedia esta opinion de la falsa interpretacion de los divinos oráculos, que tenian anunciada la venida del Mesías. La mayor parte de los judíos entendian estas profecias respecto al dominio temporal: esta circunstancia era bastante para que se obstinasen en la rebelion, porque sabian que habia llegado el tiempo de la venida de este libertador, y esperaban á su sombra ser dueños del mundo. Quisieron los aduladores de Vespasiano aprovechar este resorte, y los prestigios que imaginaron tenian por objeto el persuadirle que este suceso se verificaria en su reinado. El mismo Josefo, aunque judío y sacrificador, no se avergonzó de tomar parte en esta sacrilega lisonja. Finalmente, enterado Vespasiano de la victoria que su partido obtuvo, y del decreto del senado que confirmó su eleccion, salió para Roma y envió á Tito su hijo á la Judea para que terminase la guerra.

Quando todo esto sucedia, la ciudad de Jerusalem, tranquila del lado de los romanos, se despedazaba entre los partidos diversos que se daban diariamente sangrientos combates. Acudieron á ella desde el principio sediciosos de todas partes, á medida que se iba perdiendo el resto del país. Y agregándose desde luego á una porcion del populacho que deseaba aprovecharse de la anarquía, llegaron prontamente á usurpar el poder, y cometieron los mas desastrosos desórdenes. En medio del dia se entregaban á toda clase de violencias y delitos, no respetando la vida ni las propiedades de los ciudadanos, y quitando de en medio á todos los que aborrecian. Arrestaron y pusieron en prisiones á cierto número de los personajes mas considerables por sus riquezas ó nacimiento, y los degollaron sin forma de proceso, á pretexto de que intentaban entregar la ciudad á los romanos. Era esta la comun excusa con que procuraban dorar su tirania y excesos, porque aparentaban siempre estar poseídos de un celo ardiente por la defensa de la libertad y de la religion, y de esto les vino el nombre de *celadores*. Aun emprendieron nombrar sumo sacerdote que fuese adicto á su partido, como que á él debia su exaltacion. Tambien quisieron escogerle á la suerte, alegando que era el antiguo método; y habiendo caido aquella á un tal Favianus, que era de familia sacerdotal, pero ignoraba absolutamente todas las ceremonias sagradas, le pusieron en posesion, á pesar de su resistencia, y le instruyeron en sus propias funciones, lo mismo que á un cómico que aprende su papel. El gran sacerdote Anano y los principales ciudadanos sublevaron al pueblo contra estos sediciosos, que para defenderse se metieron en el templo, donde se fortificaron. Logróse, por fin, romper el recinto exterior; y no hubieran podido conservar la interior fortaleza, á no ocurrir el obstáculo de que el gran sacerdote escrupulizó, continuando los asaltos, de profanar el templo y forzar las puertas para que entrasen los sitiadores llenos de sangre. Tomóse por esto el partido de

hacerles proposiciones para transigir, y con este motivo pasó Juan, que antes se había evadido de Giscala, con una porcion de celadores, el cual, aunque aparecía amigo de Anano, lo era solamente para hacerle traicion. Persuadió á los sediciosos que no podrian lograr perdón; que pactasen con Vespasiano en el sentido de entregar la ciudad, no quedándoles otro recurso que llamar á los idumeos para que los socorriesen. Estos habian abrazado antes la religion judaica, y estaban siempre dispuestos á pelear y á robar: habian sacudido el yugo de los romanos, y manifestaban deseos de continuar la guerra con ellos. En cuanto llegó á su noticia el intento que suponian en Anano, en número de veinte mil corrieron y se acercaron lo bastante (aprovechando una tempestad que ocurrió de noche) para que hiciesen una salida los celadores, se reunieran con ellos, y entraran juntos en Jerusalem: echándose todos simultáneamente sobre el enemigo, hicieron en él un gran destrozo, porque al amanecer se contaron ocho mil quinientos cadáveres en las cercanías del templo. Repartidos luego por la ciudad, continuaron su obra de destruccion; y habiendo empleado inútilmente todos los medios para atraer á los nobles, principalmente á los jóvenes, á que tomasen las armas, mataron doce mil, que permanecieron insepultos muchos dias. El mismo Anano fué degollado con otros sacrificadores, y su falta arruinó enteramente al partido moderado, que fatigado ya con la anarquía y temiendo el poder de Roma, parecia inclinarse á la paz. Juzgaron los celadores que respecto á Zacarias era preciso usar de las formas judiciales, como que este personaje, hijo de Baruch, se distinguia tanto por su propio mérito, como por su nacimiento y sus riquezas. Presentáronle á los jueces, y le acusaron de inteligencias con los romanos. No se pudo alegar prueba alguna, y fué unánimemente absuelto. Con todo, se echó sobre él una porcion de sediciosos, y en el templo mismo le decapitaron.

Los mismos idumeos se cansaron de tomar parte en aquellas crueldades, y salieron de Jerusalem despues de haber libertado á dos mil personas que tenian en prision los celadores. Dejándolos en virtud de aquella separacion mas expeditos, se volvieron mas furiosos; y se vió cómo sacrificaban, con diferentes pretextos, á los mas distinguidos habitantes que habia en la ciudad. Pusieron guardias en las puertas de esta, y aun en las calles, para detener á los que intentaban pasar al campo de Vespasiano á fin de librarse de tanta tiranía. Bastaba que sospechasen ó acusasen á cualquiera para que con aquel pretexto le asesinasen; y como estaba prohibido enterrar á los proscritos, estaban las calles y las plazas cubiertas de cadáveres que infestaban el aire.

Apenas habian triunfado estos facciosos contra el partido moderado, se dividieron entre sí. Desde el principio turrieron por gefe á Eleazar, nieto de Judas Galileo, que se habia sublevado contra los romanos en el gobierno de Quirino. Pero Juan de Giscala, que vi-

no á reunirse con ellos, quiso desde el momento participar del mando, y tan bien supo ganar los ánimos, que en efecto, su influencia no tardó en prevalecer y hacerle dueño de todo. No pudo sufrir Eleazar un superior, ni aun igual, y se atrincheró en el templo con parto de los celadores que le quedaron adictos, interin Juan, con los demas, ocupó las galerías exteriores de aquel. Para conservar este gefe su mando, así como habia hecho para adquirirle, se vió precisado á autorizar la desenfrenada licencia de los celadores, permitiéndoles cometer toda clase de crímenes. Robaban estos bandidos impunemente las casas de los ricos, degollaban á los habitantes, deshonoraban á las mugeres, y se entregaban á los mas infames excesos. Fatigado el pueblo, se determinó á combatir esta multitud de facinerosos, y auxiliado de algunos idumeos que se habian separado de ellos, se echó encima por diferentes puntos, mató la mayor parte, y obligó á los otros á permanecer encerrados en las galerías que ocupaban. Con el temor de que intentasen poner fuego á la ciudad, abrió el pueblo la entrada á una tropa de facinerosos, cuyo amparo se vió precisado á implorar. Simon Bargarja, su gefe, era un joven impetuoso y emprendedor, que se habia distinguido en la derrota de Cestio, y despues de habersa encerrado con los sicarios en el fuerte de Masada, salió en cuanto vió que los romanos se habian tranquilizado: logró juntar un ejército de veinte mil hombres, ofreciéndoles por premio el saqueo, y por mucho tiempo se dedicó á destruir los campos; y finalmente, se estableció en las puertas de Jerusalem con el intento de apoderarse de esta ciudad á la sombra de las revueltas que se advertian entre sus habitantes. En cuanto entró en ella, hostilizó á los del templo, que eran los celadores; pero éstos se defendieron muy valerosamente y no fueron desalojados. Todavía los facciosos se subdividieron en tres distintos partidos que se hacien continua guerra, y en nada concordaban sino en oprimir al pueblo y procurar arruinarle.

Tal era el deplorable estado de Jerusalem, cuando vino á sitiaria Tito en la primavera del año 70, poco antes de la Pascua. Esta circunstancia habia contribuido con otras mas, á que se hallasen reunidos un número inmenso (1), que solo contribuyó á aumentar el desórden y consumir las provisiones con mas celeridad. La mayor parte del pueblo estaba decidida á defenderse hasta la última extremidad, y aun las mismas mugeres pelearon con extraordina-

(1) Berault-Bercastel hace llegar este número á 2.500.000 personas, y establece este cálculo por el número de corderos que fueron inmolados en esta última Pascua, y que los romanos lograron justificar. No haríamos mérito de esta equivocacion, bastante visible por sí, si no tuviéramos precision de notar el propio tiempo, que el hecho con todos sus incidentes fué una invencion del autor. ¿Cómo podian los romanos verificar lo que pasaba en una ciudad sitiada, con la que no tenian ellos posible comunicacion? Bien se conoce semejante cálculo hecho por Cestio, gobernador de Siria, y funda-

rio furor: tenían gran cantidad de armas y de máquinas; y además de la ventajosa situación de la ciudad, nada había perdonado el arte de cuanto pareció necesario para hacerla mas fuerte. Estaba situada en varias montañas y rodeada de tres murallas, en las que resaltaban gran número de torres; el templo mismo también asentaba en una montaña y formaba una especie de ciudadela, protegida por la fortaleza Antonia, que los judíos habían restaurado: últimamente, tenía muchos canales subterráneos, por los que podían salir y caer de improviso sobre los sitiadores; pero el hambre, junta á los excesos de los celadores, hizo innecesarios todos estos medios de defensa.

El día 14 de Abril, fiesta de los Azimos, encerrado Eleazar en lo interior del templo, abrió al pueblo sus puertas para que celebrase aquella. Aprovechóse Juan de Giscala de esta ocasion para introducir furtivamente con la multitud algunos de los suyos, que llevaban armas ocultas. Apenas entraron, cuando se arrojaron sobre las tropas de Eleazar, mataron muchísimos, hicieron huir al pueblo, y á la sombra de este desórden lograron hacerse dueños de todas las partes del templo. Las tres facciones que antes existían, se redujeron á dos, la de Juan y la de Simon, y á pesar de sus divisiones, no dejaban de reunir sus esfuerzos para resistir á los romanos.

Habiéndose Tito adelantado con una escolta para reconocer la plaza, apenas le divisaron los judíos, hicieron una vigorosa salida, y rechazándole impetuosamente, le envolvieron de manera que le costó mucho trabajo el escapar de ellos. Al día siguiente resolvió estrechar mas el sitio, y quiso alojarse en el monte de las Olivas; pero una pronta salida de los judíos le disputó mucho tiempo la ocupacion, y no la consiguió sino á costa de repetidos y sangrientos combates, que por segunda vez pusieron su vida en gran peligro. Establecido ya su campamento casi al pié de la muralla y dispuestas las máquinas para combatir, envió á presentar proposiciones de paz á los rebeldes: éstos las consideraron efectos de flaqueza, y con desprecio las rehusaron. Mandó batir en brecha la primera muralla, y á los quince dias, el 3 de Mayo, penetrando sus tropas por una grande abertura, se halló dueño de toda la parte septentrional de la ciudad hasta el valle de Cedron. Cinco dias despues logró abrir brecha en la segunda muralla, apoderándose de la ciudad nueva hasta la fortaleza Antonia, no obstante los ataques vivos y frecuentes de los sitiados, que hicieron increíbles esfuerzos para rechazar al enemigo. Imaginando que los judíos estarían mas tratables á consecuencia de tantas pérdidas, envió á Joséfo para que

do igualmente en el número de certeros consumidos en la Pascha. Pero este le hizo al principio de la guerra, cuando vino como gobernador á Jerusalem, y cuando esta ciudad reconocía aún la dominacion romana. El Sr. Henzen, que ha publicado una edicion correcta de Berault-Berestel, no se atrevió á descubrir este error impugnándolo.

les persuadiese la sumision; pero no halló medio alguno para librar de su ruina á este pueblo obstinado. Seducido por falsos profetas que le prometían el imperio del mundo, no daba crédito mas que á las palabras de estos impostores, y siempre estaba sordo á los sábios consejos de la prudencia. Ni la ocupacion del templo, ni el hambre, que acababa con los habitantes, ni el fuego que consumía ya una parte, fueron suficientes para desengañarlos de sus insensatas y vanas esperanzas; reducidos á la última extremidad, aun se imaginaban que saldría un libertador entre ellos que los conduciría muy pronto á la conquista del universo.

Los romanos construyeron cuatro baluartes y acercaron sus máquinas para atacar la fortaleza: cuando se disponían para batir el muro, dos de aquellos, que había minado Juan de Giscala, se arrojaron de pronto: no perdieron los judíos esta coyuntura del desórden y sorpresa de los romanos, hicieron dos vigorosas salidas, destruyeron los otros dos baluartes, quemaron las máquinas y persiguieron al ejército enemigo hasta su campamento. Acobardáronse los sitiadores con la ruina de estas obras inmensas que les habían costado diez y siete dias de trabajo, y el soldado, fatigado, decia con audacia que aquella plaza no se podía tomar. Tito juzgó conveniente embestir con todas sus tropas la parte de ciudad que aun quedaba á los judíos, y dispuso que sus tropas, en el espacio de tres dias, construyesen una muralla de dos leguas de extension con trece fuertes, á distancia conveniente, para estorbar así la introduccion de socorros y las salidas á buscar víveres.

Desde los primeros dias del sitio se padecia el hambre: mas despues de esta circunvalacion llegó á ser horrible. Mucho hacia que no se hallaba trigo ni provisiones de ninguna especie en los mercados ni en las casas: tenían que ocultarlas, y aun así no se libraban de las requisiciones de los facciosos, que las cogían en todas partes. Por la simple inspeccion de la persona, por su obesidad y aun por el continente, juzgaban que había conservado alimentos, y el que así era considerado quedaba expuesto á toda la explosion de su furor. Si una puerta estaba cerrada, iban de aquí que en aquella casa había provisiones: la echaban abajo inmediatamente, y empleaban los mayores tormentos para obligar al dueño á que las descubriese; cogían á las mugeres por el cabello, y pisoteaban á los niños para arrebatarles un poco de pan: también arrancaban de la mano á los habitantes un puñado de yerbas que iban á coger al campo por las noches con peligro de perder la vida. Los mas ricos ciudadanos vendían sus posesiones por una medida de trigo, y luego encerrándose en el sitio mas escuodido de sus casas, hacían de prisa un poco de pan, ó se comían el grano crudo, según la necesidad ó el miedo que tenían, porque el renor de los facciosos estaba mas encarnizado contra ellos. Acusábanlos de traicion para tener un pretexto de saquearlos y matarlos: Simon mandó degollar por otra calumnia semejante

al sumo sacerdote Matias, con sus tres hijos, sin permitirles defenderse, aunque él mismo le hubiese proporcionado a aquel su entrada en la ciudad. Muy pronto el exceso de miseria fué tan grande y general, que los judíos iban á buscar en los muladares suciedades inaguantables aun á la vista; toda clase de corrajo, el de sus cintos, el de sus escudos, los desperdicios del heno, yerbas podridas, hasta el estiércol de los animales, todo les servía de alimento: corrían como hambrientas fieras sobre cualquiera objeto que tuviese apariencia de alimento; los amigos y los parientes mas próximos se peleaban para arrebatárselos; el hambre había sofocado todos los sentimientos naturales. Una muger, llamada María, distinguida por su fortuna y nacimiento, y que había venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, fué inmediatamente despojada por los sediciosos de todo lo que poseía. Arrebatada del dolor, les llenó de maldiciones y de injurias para que se enfureciesen y le quitasen la vida. No habiendo podido lograrlo, y aquejada del hambre y la desesperación, cogió á su hijo, á quien estaba criando, y mirándole con ojos desenchajados, le dijo: "Niño desgraciado, ¿para que te reservo? ¿para sufrir estos horrores? ¿para morir de hambre, ó caer en manos de los mas crueles enemigos?" En seguida le degolló, hizo que le asaran, comió una parte de él y guardó el resto. Entrando los facciosos en la casa y oliendo á carne asada, amenazaron á la muger con las espadas al pecho para coger lo que había quedado. "Yo, les dijo ella, os he guardado una buena porción." despues les enseñó el niño á medio devorar, y viendo que se apartaban horrorizados, añadió: "Bien podeis comer de él: no seréis mas escrupulosos que una muger, ni mas tiernos que una madre." Temblando se retiraron, y corriendo de boca en boca este espantoso suceso, llenó de horror á toda la ciudad, y aun al campamento romano. Así se cumplió la palabra de Jesucristo: "Que un día llegaria, en que se tendria por dichosa la esterilidad de las mugeres, y el pecho que no hubiera dado de mamar."

Vino la peste á juntarse con el hambre, y estas dos plagas llevaban cada día al sepulcro un gran número de víctimas, de manera que las casas y las calles se llenaron de cadáveres, que infestaban el aire. Andaban por las calles grupos de personas que se arrastraban por ellas, como fantasmas, y de repente caían en el suelo sin movimiento y sin vida. Al principio se determinó enterrar los muertos á expensas del erario público; y en el espacio de dos meses y medio sacaron por sola una puerta de la ciudad, mas de ciento y quince mil cadáveres; sólo Tito por un pasado que había estado comisionado para pagar á los sepultureros: otros decían que por diferentes puertas salieron seiscientos mil. Ultimamente se contentaban con echarlos desde la muralla á los fosos, ó hacinarlos en las casas desocupadas, que cerraban en cuanto estaban llenas. Afectado Tito del olor pestilencial que despedían, no pudo menos de ge-

mir y poner á Dios por testigo de que este pueblo intratable era solo la causa de sus calamidades.

Tambien intentaron algunos habitantes, al principio del hambre, ir á coger en el campo yerbas para su alimento; y los sediciosos tuvieron que imitarlos pronto. Mandó Tito alguna caballería para que los observara; y de este modo aprisionó á muchos, que fueron crucificados sin piedad para atemorizar á los sitiados: dia hubo en que mató quinientos en este suplicio: los soldados los clavaban en diferentes posturas, para añadir la mofa y el ultraje á todo el exceso de la crueldad. Tito tuvo la barbarie de mandar que cortasen las manos, las narices y las orejas á algunos de estos infelices, que voluntariamente se habían entregado, y enviarlos á la ciudad así mutilados. No hacían estas odiosas crueldades otra cosa, que aumentar el furor del pueblo, y los sediciosos le enfurecían mas representándole las ventajas que sacaban de pasar al campamento contrario. Por fin, movidos de compasión los romanos recogían á los pasados, y una porción grande de judíos salieron de la ciudad y pasaron á ellos. Como les daban víveres abundantes, perecían la mayor parte usando indiscretamente de alimentos que sus estómagos no podían digerir. Muchos tráfuzas, temiendo que los robasen al pasarse, habían trazado al tiempo de partir algunas monedas de oro que conservaban. Reparaban los soldados que estos emigrados sacaban monedas de sus mismos excrementos, y al instante corrió la voz en el ejército de que los judíos que escapaban de Jerusalem tenían llenas de oro las entrañas, y los soldados, movidos de la avaricia, principalmente los árabes y sirios, iban cazando á los pobres emigrados para abrirles el vientre; y de esta manera mataron en una sola noche dos mil. Reunió Tito á los gefes de los aliados con los oficiales de las legiones para que averiguasen los culpables exactamente, y mandó publicar al mismo tiempo que sería castigado con pena capital cualquiera que fuese convencido de haber ejercido semejantes atrocidades; pero ni la prohibición, ni las órdenes mas severas impidieron que los soldados extranjeros se entregasen á la misma barbarie; aunque con mas precaucion, y las mas veces sin encontrar lo que buscaban.

Despues que Tito hubo rodeado con su muralla toda la ciudad, se dedicó á reedificar los baluartes destruidos por los judíos, y preparar nuevas máquinas para empezar de nuevo el ataque de la ciudadela y del templo. Era menester lo menos un mes para estas obras. En cuanto se acabaron, los sitiados hicieron otra salida para quemarlas, pero no pudieron lograrlo; y entonces los romanos, valiéndose del ariete y zapando el muro con extraordinario esfuerzo, llegaron á hacerle tambalar de modo que en la misma noche se vino abajo. Mucho asombro causó á los sitiadores cuando descubrieron por la mañana que los judíos habían levantado otra muralla que se veía detras de la arruinada, y aunque intentaron el

asalto fué sin éxito. Por último, dos días despues, los romanos tomaron aquel puesto por sorpresa, y Tito llegó á ser dueño de la ciudadela: hizo derribar una parte para poder embestir al templo con mas facilidad, y trató todavía de capitular con los sediciosos para que se entregasen; pero no quisieron escuchar ninguna proposición aunque se hallasen en la mayor consternacion por haber cesado el sacrificio perpetuo que en otro tiempo se ofrecia regularmente, y fué interrumpido el día 17 de Julio, como que no habia ya Pontífice ni sacrificadores.

Se vieron obligados los romanos á repetir sus ataques, y despues de muchos combates sangrientos se apoderaron de las galerías exteriores y las quemaron. Habiendo hecho despues varios esfuerzos para derribar á golpes de ariete los muros del segundo recinto, resolvieron escalarle, y habian ya logrado llegar hasta lo alto, cuando los judíos, cayendo sobre ellos con furia, los precipitaron, derribaron sus escalas cargadas de gente, y arrancaron los estandartes que habian fijado en ella. Al momento mandó Tito quemar las puertas de este segundo recinto, y las llamas se corrieron á las galerías interiores, que ardió el resto de aquel día y la noche siguiente. Pero como él queria conservar el cuerpo del templo, hizo que trabajasen sus tropas para atajar los progresos del incendio, resuelto á dar el asalto al día siguiente. Interin se ocupaban las tropas romanas en atajar el incendio, hicieron los judíos una salida y las acometieron; mas fueron rechazados por ellas hasta el mismo templo; entonces un soldado, agitado como de un impulso sobrenatural, cogió un tizon ardiendo, y haciendo que sus compañeros le alzasen, le echó por una ventana en unos aposentos que confinaban con el templo por el lado del septentrion. Extendióse el fuego con una rapidez inconcebible, y muy pronto penetró en lo interior del mismo edificio. Corrió Tito para hacerle apagar; pero era tan grande la confusion que nadie le obedeció. Como veian los soldados que las paredes exteriores se hallaban cubiertas de láminas de oro, presumian que por adentro debía de haber inmensas riquezas y solo aspiraban al desórden para entregarse al pillage. Cuando se iba á cortar el fuego por un lado, prendia de nuevo por otro; de manera que por todos estos motivos juntos, y á pesar de los esfuerzos de Tito para evitarlo, este magnífico templo fué incendiado completamente en el día 10 de Agosto del año 70, en el mismo día en que Nabucodonosor quemó el primero, edificado por Salomon.

Horrible fué la matanza: el furor del soldado destruyó cuanto estuvo á su alcance, sin distincion de sexo ni edad. Se reparó, sobre todo, entre la multitud de los que perecieron, la suerte desgraciada de seis mil personas, que á pesar del estado ruinoso de sus negocios, acababan de abandonar la ciudad baja que ocupaban los romanos, para encerrarse en el templo, sin duda por las sugerencias de un falso profeta que les habia persuadido que este medio era el único de

que participasen de la libertad con que Dios iba á favorecerles inmediatamente con la llegada del Mesías: tal era la funesta credulidad de este pueblo criminal, que habia cerrado los ojos á la verdadera luz de la salvacion.

Entre estos desórdenes, los dos gefes de los sediciosos se hicieron paso con espada en mano, y lograron apoderarse de la ciudad alta que no habian aún dominado los romanos. Situada en la montaña de Sion, tenia en su recinto el palacio de los reyes que servia de muy fuerte ciudadela. Intimóles Tito la rendicion ofreciéndoles la vida, pero ellos querian que se les permitiese salir y retirarse al desierto con sus mugeres é hijos. No lo pudieron obtener, y se atrincheraron en el palacio y en las torres de las murallas, donde se disponian á la defensa. Irritado Tito de tan larga resistencia, mandó incendiar la ciudad baja, y despues de trabajar desde el 20 de Agosto hasta 7 de Setiembre para construir baluartes para la irrupcion de la plaza y del palacio, jugaron sus máquinas los sitiadores, y al otro día entraron por la brecha. Viendo los facciosos arminado su muro, solo trataron de huir; y aunque les quedaban algunas torres intactas, se ocultaron bajo las bóvedas y en los albañales para no caer en manos de los vencedores.

En cuanto ocuparon la plaza los romanos, todo lo llevaron á sangre y fuego. Lo que se habia librado del incendio, lo mandó Tito arrasar, reservando algunos trozos de muralla al Occidente y tres de las mas bellas torres para que sirviesen de monumento en la posteridad. Segun la costumbre, se aró el terreno en que estuvieron la ciudad y el templo, donde segun la prediccion de Jesucristo, no quedó piedra sobre piedra. Por todas partes cavaron y removieron la tierra con la esperanza de hallar tesoros escondidos. Lo que hallaron sí en las acequias y muldareas, fué los cuerpos de dos mil personas que habian muerto de miseria, ó que se habian degollado unos á otros mejor que entregarse á los romanos. Juan de Giscala y Simon Bargiora, que se escondieron en ellos, se vieron precisados á entregarse en cuanto se les acabaron las provisiones. Ambos fueron conservados para llevarlos en el día del triunfo, y el segundo en calidad de gefe principal de los rebeldes, fué inmediatamente ajusticiado: á Juan se contentaron con darle por castigo un encierro perpetuo. Josef, el historiador, cuenta que perecieron durante este sitio, un millon y cien mil judíos: añadiendo los asesinados en diferentes sitios durante la guerra, pasa el número total de muertos, de un millon trescientos treinta y siete mil, sin los que no ha sido posible enumerar. Tomáronse ademas en ella cerca de cien mil prisioneros, que fueron vendidos como esclavos, aunque se desafiaban de comprarlos. Tito rehusó las coronas que vinieron á ofrecerle las naciones vecinas, felicitándole por la victoria. Publicó claramente que no era suya la obra, y que no habia hecho mas que prestar sus armas para la venganza de Dios irritado contra los judíos.